

JAIME GARCÍA PADRINO

**HISTORIA CRÍTICA
DE LA LITERATURA
INFANTIL Y JUVENIL
EN LA ESPAÑA ACTUAL
(1939-2015)**

Marcial Pons Historia
2018

PRIMERA PARTE

**LA LITERATURA INFANTIL
EN LA SOCIEDAD DE POSGUERRA
(1939-1952)**

El final de la Guerra Civil consumó la frustración de las innovadoras posibilidades que habían animado las creaciones dedicadas a la infancia y a la juventud durante el periodo anterior a 1936¹. Durante la larga y difícil posguerra, la ruptura con el pasado inmediato se unió a la búsqueda de un nuevo sentido y de unos nuevos valores humanos y espirituales, dentro de una actitud de cierre a las influencias exteriores calificada como «aprovincianamiento cultural»². Las duras condiciones para la existencia de la gran mayoría de los españoles aumentaron las dificultades derivadas de la depauperación cultural. La pobreza material de las publicaciones infantiles y juveniles —impuesta por la escasez en el aprovisionamiento de papel— se veía agravada por el mal estado de la maquinaria de los talleres de artes gráficas y por la ruina económica de buena parte de las empresas, lo que se traducía en una industria editorial casi desmantelada. Difícil situación a la que se trataba de hacer frente durante los primeros años cuarenta, y en lo que respecta a las revistas infantiles y las publicaciones dirigidas al niño, con labores más entusiastas que innovadoras, como la desarrollada por los Talleres Offset, de San Sebastián³. Dificultades a las que se añadía el papel desempeñado por el servicio de la censura gubernativa, celosa aplicadora de las orientaciones ideológicas en los contenidos de las publicaciones y, a la vez, encargada de la purga y expolio de los fondos de bibliotecas y editoriales anteriores al inicio de la guerra⁴.

En estas condiciones materiales, la infancia de posguerra quedó desprovista de una literatura concebida dentro de dignas coordenadas artísticas, después de haberse visto relegada al papel de testigo mudo de una tragedia que no había

¹ Para ese periodo anterior véase Jaime GARCÍA PADRINO, *Libros y literatura para niños en la España contemporánea*, Madrid, Pirámide-Fundación GSR, 1992.

² De ahora en adelante las comillas se usan para las citas textuales, además de para los títulos de revistas o capítulos en libros. Véase Manuel ALVAR, «Noventa y ocho y novela de posguerra», en Rodolfo CARDONA (ed.), *Novelistas españoles de posguerra*, Madrid, Taurus, 1976, p. 13.

³ Rafael ABELLA, *La vida cotidiana durante la Guerra Civil: la España nacional*, 4.^a ed., Barcelona, Planeta, 1976, pp. 114-117, y Valeriano BOZAL, «La edición en España. Notas para su historia», *Cuadernos para el Diálogo*, núm. extraordinario 14, 1969, pp. 85-91.

⁴ Sobre las normas dictadas al finalizar la Guerra Civil véase Fernando CENDÁN PAZOS, *Medio siglo de libros infantiles y juveniles (1935-1985)*, Madrid, Fundación GSR-Pirámide, 1986, pp. 52-63.

comprendido ni comprendía en las consecuencias que debía sufrir entonces⁵. En lugar de la normal preocupación por ofrecer a niños y jóvenes una literatura de calidad y contenidos acordes a sus reales intereses, las creaciones mostraban con insistencia una atención proselitista acorde con la ideología triunfante a partir del 1 de abril de 1939.

De los creadores representativos en el periodo prebélico, pocos continuaron con su dedicación a la literatura infantil una vez terminado el conflicto. Unos, por verse inscritos en la extensa lista de españoles transterrados — Antoniorrobes, Salvador Bartolozzi, Magda Donato, Elena Fortún, María Teresa León —, y otros, por romper con su anterior labor en la narrativa dedicada al niño — Jardiel Poncela, K-Hito, López Rubio, Tono — o por continuar esa labor en condiciones bien distintas a las conocidas en años anteriores — Manuel Abril, María Luz Morales —.

La literatura infantil española se enfrentaba, por tanto, a los mismos problemas, si acaso aún más agravados, a los que hubo de enfrentarse la literatura española en los años de la posguerra. Al mismo tiempo, en los contenidos ideológicos de las lecturas ofrecidas entonces a niños y jóvenes con un cierto ropaje literario, era notoria la influencia ejercida por la necesidad social de encontrar un modelo educativo para tales destinatarios. Se entendía como necesario ofrecer unas normas adecuadas de comportamiento y de conducta, dentro de la búsqueda general de un tipo de sociedad que lograra superar los gravísimos problemas de un mundo que vivía entonces un conflicto aún más grave que el recién terminado en nuestro país. Los resultados de semejantes propósitos formativos, volcados en las creaciones literarias infantiles y juveniles, fueron, sobre todo, un notable empobrecimiento y una baja calidad de los tratamientos literarios y plásticos apreciables en aquellas publicaciones. Al mismo tiempo, los creadores preocupados por esa intención formativa volvían a inspirarse en un moralismo angustioso, en un equivocado filantropismo y en trasnochadas actitudes paternalistas, características de la más discutible literatura decimonónica.

De tal forma, la mayor parte de los escritores e ilustradores que continuaron entre tremendas dificultades con su labor en la literatura infantil ofrecían una visión escasamente renovadora de las posibilidades en la relación del niño y del joven con la literatura, si bien hay que reconocer sus intentos para cubrir la laguna creada por las circunstancias trágicas del anterior periodo bélico. Por otra parte, y con el evidente afán de suplir las notorias carencias formativas en la educación de los niños y jóvenes de la posguerra, se reeditaron obras del padre Coloma, de Ortega Munilla o del canónigo Schmidt, como reflejo de una

⁵ Manuel VÁZQUEZ MONTALBÁN, *Crónica sentimental de España*, Barcelona, Lumen, 1971, p. 19. Es interesante en el contraste con la visión ofrecida por Fernando VIZCAÍNO CASAS, *La España de la posguerra (1939-1953)*, Barcelona, Planeta, 1975.

orientación marcada por la vuelta a unos criterios decimonónicos y rotundamente conservadores.

Tal panorama era reflejado en un artículo firmado por Juliano de Gades con el título de «Pequeña crónica de la literatura infantil», dentro del suplemento *Sí* —dirigido por José María Sánchez Silva— del diario *Arriba*⁶, donde señalaba, en primer lugar, la presencia del niño en la literatura, remontándose en sus antecedentes hasta las literaturas egipcia y griega. Tras esas eruditas alusiones, el autor declaraba su intención de «echar una ojeada al esqueleto de la literatura para niños», que, en su opinión, incluía la leyenda, el cuento y la fábula. Señalados los rasgos esenciales de cada uno de esos géneros, con diversas citas para apoyar sus afirmaciones, Juliano de Gades se centraba en defender la prioridad de los cuentos de autores europeos sobre los de *Las mil y una noches* como lecturas convenientes para la juventud. Desde tales razonamientos, la dudosa conveniencia de los relatos orientales era argumentada en la escasa relación o animación de la naturaleza junto con la variación excesiva en los caprichos y decisiones de los hombres que se traduce en una utilización fragmentaria y una incoherencia caótica en el desarrollo de las peripecias. A dichos reparos añadía el carácter nocivo de la cuentística oriental por la pasividad de su fatalismo, por el egoísmo, la usura, el engaño y la explotación de los demás, como móviles de conducta en personajes «donde la probidad es excepción».

Más curiosa resulta la enumeración realizada al ofrecer «botones de muestra» de los cuentos más apropiados para los muchachos: Chamisso, Andersen, los cuentos de Basile —«publicados en España, a pesar de la traducción antipática, fríamente academicista, de un conocido proveedor de retórica que así los desvirtuó en gran parte»⁷, Grimm, el *Tom Sawyer* de Twain, Dickens, Lewis Carroll y James M. Barrie⁸. Enumeración completada con *Pinocho*, *Belarmino* y *Cacaseno* [sic], sin indicar el autor o autores; una adaptación del *Conde Lucanor*; *Platero y yo*, de Juan Ramón Jiménez, y los relatos de María Dolores —autora imposible de identificar ahora con sólo ese nombre—, a quien calificaba como «especialista en esta materia del cuento». Cerraba el artículo una defensa del valor formativo de la lectura de «obras en donde la vida de los mayores se les muestre con ternura, delicadeza y verdad». Para orientar la correspondiente selección ofrecía una relación de autores adecuados —Walter Scott, Dickens, Victor Hugo, A. de Vigni, Hoffmann, Kleist, Hauff y Ernesto Zahn, Turgueniev, Elliot, Selma Lagerlöf, Strindberg, Rainer María Rilke— donde

⁶ Juliano DE GADES, «Pequeña crónica de la literatura infantil», *Sí*, suplemento de *Arriba*, núm. 103, Madrid, 26 de diciembre de 1943, pp. 4 y 11.

⁷ Referencia a la traducción de Rafael SÁNCHEZ MAZAS publicada con dibujos de José MORENO VILLA, Madrid, Cruz y Raya, 1940?

⁸ Añadimos el nombre de Lewis Carroll, pues el texto del artículo dice «*Alicia en el país de las maravillas*, de Barrie».

resulta patente el carácter improvisado y pretendidamente erudito del autor a la hora de elaborar esta «pequeña crónica de la literatura infantil».

Junto a una encuesta a editores y autores que, bajo el título de «Lecturas para chicos», publicaba la sección infantil de *La Estafeta Literaria* (núm. 19, 1 de enero de 1945), Carmen Conde —bajo su seudónimo de «Florentina del Mar»— incluía una «Breve revisión de la literatura infantil». La brevedad en razón del espacio disponible hacía que el artículo se estructurase en tres temas: la dificultad de escribir para niños, unas leves referencias a obras y autores destacados en la literatura ofrecida entonces a los niños —«abundantísima a juzgar por los catálogos que tengo en mi mesa»— y un amplio comentario sobre la situación en aquellos años del teatro infantil, espacio que aprovechaba para destacar y ponderar la labor realizada por el teatro infantil Lope de Rueda, en el que, como Florentina del Mar, había estrenado su *Aladino* (1943).

En resumen, la superación de tales circunstancias sociales y políticas —de notoria influencia tanto en los aspectos relativos a la creación como en los relacionados con la promoción y difusión de las obras literarias dedicadas al niño— caracterizó la difícil década de los cuarenta como un peculiar periodo en la historia de nuestra literatura infantil.